

mujeres y estos hombres, quedaron fascinados por la evocación de ese cabaret, cuyos deseos de poseer y estar en un lugar así les llevaron a reproducirlo en espacios urbanos donde su diferencia estuviera representada. El autor destaca con el análisis de esta alegoría la operatividad de las políticas internacionales estadounidenses, aunque estas presentaran, en la realidad de su aplicación, más lecturas de las que el cine, de los años treinta y de años posteriores, pudiera haber querido reflejar y el análisis de la película *Madame Satã* así lo expone.

El exotismo y la imagen edulcorada de los cabarets del hemisferio sur volvieron a las tramas de las películas en la última década del siglo XX, de la mano del realismo mágico cinematográfico, como presenta la película *Como agua para chocolate* (1992, Alonso Arau). De esta manera, la conclusión del libro acerca de lo cíclico de las tramas en las películas comerciales queda justificada. La diferencia entre las películas producidas antes de los años sesenta y las de después de los noventa, es que para este último periodo sí que se han difundido películas muy críticas con el realismo mágico edulcorado presente en la filmografía comercial estadounidense. Por ejemplo, películas como *Madeinusa* (2006, Claudia Llosa) aportan una lectura personal y crítica de este tópico, al combinarlo con la presencia, en las culturas indígenas, de deseos y ambiciones próximos a los existentes en la cultura occidental.

El trabajo que ha realizado Pérez Melgosa en este libro, está en la línea de los estudios fílmicos desarrollados por Ann Kaplan en “The Humanities Institute”, de la Universidad de Stony Brook, a la que también pertenece el autor. Este libro muestra lo fructífero de combinar en una investigación de diferentes disciplinas, en este caso los estudios culturales con las investigaciones fílmicas, para presentar la faceta cultural en la que las políticas internacionales estadounidenses actuaron desde los años treinta hasta nuestros días. Para este autor, el cine producido en los dos hemisferios del continente americano muestra cómo se recrearon los diferentes escenarios de contactos entre estos países, en función de unos estereotipos que circularon plenamente en todos ellos.

Ana Isabel SIMÓN ALEGRE
Adelphi University (Nueva York)

RUIZ FRANCO, Rosario (ed.), *Pensar el pasado. José María Jover y la historiografía española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, 272 páginas.

Confieso que cuando comencé a leer las páginas que firma como autora de su correspondiente capítulo la coordinadora de este volumen que nos ocupa, la profesora Rosario Ruiz Franco, lo primero que pensé es que un acercamiento a la trayectoria docente e investigadora del Profesor José María Jover Zamora, analizando su perfil biográfico de manera sintética pero incluyendo los hitos más significativos además de una relación de

su obra escrita, debería haber ido al principio de la obra, a modo de marco de referencia, para la profundización posterior que realizan los distintos autores que participan en el volumen. Pero, a medida que fui leyendo dicho capítulo, me fui dando cuenta de la idoneidad de haberlo colocado justo al final de las intervenciones de los demás historiadores que participan en la obra. La claridad expositiva de la doctora Ruiz Franco, junto a su proverbial capacidad de síntesis que no deja fuera nada de lo fundamental y que dibuja con línea certera el inmenso bagaje de la obra de Jover, lo hacían especialmente idóneo para que sirviera de recapitulación de los interesantes puntos de vista vertidos en las páginas antecedentes, con lo que se consigue para el lector una visión integrada que no puede ser más didáctica y esclarecedora.

Porque, en definitiva, de eso se trataba en esta obra entre homenaje y puesta al día del pensamiento historiográfico de Jover, que pretende llegar tanto al lector avezado como al público en general. Y es que una de las características que tiene este interesante volumen es, lejos de los riesgos que entraña una obra de estas características, que guarda un equilibrio fuera de lo común, no sólo porque se abordan distintas temáticas sobresalientes del problema historiográfico común –esto es la maestría del profesor Jover Zamora en sus distintas vertientes como historiador- de una forma coherente y ordenada, sino porque no se puede observar ninguna reseñable desigualdad en el nivel científico ni literario de las aportaciones, constituyéndose el volumen en un todo armónico que será un referente, sin duda, en la historia de la historiografía española.

Quien firma estas líneas que ahora ocupan al lector nunca fue ni alumno ni discípulo –al menos de una forma directa- de Jover, aunque sí se considera heredero de muchos planteamientos que le han transmitido no pocos de sus discípulos directos, tanto en sus clases como en sus escritos. De hecho, la única vez que conocí a Jover en persona fue en el velatorio del profesor Cepeda Adán, y recuerdo que me causó una vivísima impresión no tanto por el mensaje de lo que comentó en ese momento a algunos historiadores que allí estábamos (que le había llamado el presidente del gobierno de entonces, Jose María Aznar, para pedirle consejo sobre algunos problemas fundamentales de la evolución del país), como su enorme carisma y una sonrisa (sobre la que por cierto, se habla en distintas ocasiones en esta obra) provista de una capacidad de persuasión y convicción casi infinita. Me acordé entonces de las clases del profesor Ángel Bahamonde sobre el siglo XIX español, y, más concretamente, de la enésima relectura que hizo –esta vez en voz alta, en clase- de un fragmento del “Manual” de Jover en que se hablaba de los afrancesados y, en general, del panorama político de la guerra de la independencia. El comentario “historiográfico” de Bahamonde al respecto fue rotundo. Le parecía increíble que, con lo que se había escrito después de que aportara Jover sobre ese tema, las palabras del sabio cartagenero no sólo eran de plena actualidad historiográfica, sino que entrañaban una claridad expositiva y una lección histórica que nadie había podido superar.

No es nada nuevo, desde luego, asegurar que el personaje es enormemente atractivo, especialmente para un Instituto de Historiografía que pretende poner de manifiesto la importancia de este tipo de estudios sobre los historiadores y el legado de su obra, con el objetivo de avanzar de este modo en el conocimiento histórico general, al hilo, precisamente de las últimas corrientes historiográficas.

La elección de comenzar con el estudio de este legado joveriano con la aportación de la profesora Gómez-Ferrer no puede ser más adecuada, por ser, sin duda, la persona más cercana a su trayectoria vital y, por ende, a su propia producción historiográfica. Guadalupe Gómez-Ferrer destaca primeramente lo que más pudo influir en su pensamiento y, consecuentemente, en su obra historiográfica: el mundo de sus creencias (donde el catolicismo no militante juega un papel importante), el contexto geográfico y cultural de su Cartagena natal, y, claro está, la Guerra Civil española, que le tocó en su plena adolescencia. También destaca Gómez-Ferrer el inmenso legado de su obra. Una obra cargada de un intenso sentido ético en el que el magisterio vital de Galdós, tuvo no poco que ver, y al que se une su interés por la formación universitaria de historiadores excepcionales (particularmente interesante es su visión de la necesidad absoluta del alumno de, por encima de una excesiva información, llegar a la construcción de ideas globales, a partir de la reflexión) y una denuncia de la minusvaloración de la conciencia histórica (contradictoria con el avance de la Historiografía) de la sociedad española de finales del siglo XX. Es muy destacable también su incansable búsqueda de la idea de historia integral, su concepción de una España plural, su preocupación por la historia de la civilización y la importancia que dio a las relaciones internacionales.

Por su parte, Juan Pablo Fusi destaca en su aportación la clara y constante preocupación por la historiografía de Jover, y, de hecho, en su obra afirma que se ve un diálogo recurrente, profundo y productivo con otros historiadores como Vicens Vives, Menéndez Pidal, José Antonio Maravall, o Rafael Altamira. Jover tiene varios trabajos explícitamente historiográficos, y en ellos destaca su profunda vocación humanista y su gran sentido social. Precisamente algunos de estos trabajos se reproducen en este volumen, a modo de anexos, al final de los artículos de los distintos historiadores que intervienen en él, concretamente el referido a “Menéndez Pidal y la historiografía española de su tiempo”, y el titulado “Historia e historiadores españoles en el siglo XX”. Desde luego, no hay ninguna duda de que en el cambio historiográfico operado a mediados del siglo XX el profesor Jover ocupa un lugar de indiscutible protagonismo.

En su correspondiente aportación, el profesor Santos Juliá, desde una perspectiva general, afirma que el fenómeno de la guerra, especialmente el de la guerra civil, que vivió en su adolescencia, es lo que principalmente llevó a Jover al estudio de la historia y las humanidades. Pero, más concretamente, se centra Santos Juliá en la intervención de don José María en el Ateneo en 1951, donde, en un ambiente extremadamente ideologizado y hostil a la consideración historiográfica ecuaníme sobre el siglo XIX, Jover defiende no sólo su existencia histórica (ante la negación por su “carácter antiespañol”), sino su importancia dentro del estudio de las clases obrera y burguesa. Jover propone entonces la necesidad de conocer lo que la gente piensa, siente y proyecta, y en todos los ámbitos de la vida, para llegar a una aproximación verdaderamente histórica. Es Jover por ello, en esos tiempos duros, una “ventana al exterior”.

Por su parte, el profesor Cuenca Toribio pone de manifiesto que el interesante campo historiográfico que también abordó Jover de la utilización de la literatura como fuente histórica es, no obstante, el que menos atención ha despertado entre los historiadores. Y, a su vez, dentro de los estudiosos del mundo de la literatura que han abordado las relaciones metodológicas con la historia, tampoco ha habido un acercamiento lo suficientemente importante al legado que en este campo ha dejado el profesor Jover. Y sin

embargo, fue una de sus más interesantes aportaciones, ya desde su propia tesis doctoral, y desde el empleo recurrente que hace desde entonces de la literatura, utilizada con los necesarios filtros, como fuente histórica, como se puede ver en el análisis que hace Cuenca Toribio del estudio joveriano de *Mr. Witt en el cantón*, de Sender. A través de la obra de Noel Salomon sobre el teatro de Lope de Vega desde un punto de vista histórico, profundizó Jover en las grandes ventajas de este acercamiento interdisciplinar, y de un modo clarividente dijo que esta utilización no era válida para la historia acontecimental y más centrada en lo político, pero sí, y mucho, en otros planos históricos como el de la conciencia histórica o la historia social y cultural.

La vertiente docente del gran historiador, en cuanto a su oficio de profesor de historia, es analizada en el volumen que nos ocupa por Saez Ortega, en un artículo bastante atractivo, por cuanto el maestro no dejó en realidad escritos de consideración acerca de la didáctica de la Historia. En esta trayectoria, Jover tuvo una mirada de la historia globalizadora y sorprendentemente actual, como asegura el autor de este capítulo según sus visiones y experiencias más personales sobre su trayectoria como alumno del profesor Jover. Especialmente interesantes son sus observaciones acerca de que el trabajo docente de éste tendía, en última instancia, a la gestación de una conciencia histórica, y que sus clases tenían un importante punto de creación, construyendo el profesor sus propias ideas al hilo de la explicación a los alumnos; lo que, evidentemente, fue una experiencia para los futuros docentes que se proyectará con importancia en su devenir profesional.

La profesora López Cordón, en su clarividente y muy documentado estudio historiográfico nos descubre ante todo al Jover modernista, profundizando en el inmenso legado de don José María que transmiten sus obras relativas a aquel periodo histórico. Unas obras “capitaneadas”, cómo no, por su tesis sobre la *Historia de una polémica y semblanza de una generación*. López Cordón señala la poca consideración que tuvo para él la “frontera” histórica de la Edad Contemporánea, y cómo se sumergió en este mundo con plenitud e infinita profesionalidad. Jover se anticipó en la conciliación de los métodos braudelianos con el tradicional estudio del Estado y de la cultura.

Documentadísimo es también el estudio que hace Rosario de la Torre del Río sobre la obra como contemporaneista de Jover, concretamente en lo que se refiere a su dimensión de la política internacional. Para la profesora De la Torre, la tesis doctoral de Jover fue lo que le marcó para el resto de sus días en cuanto a la temática histórica desarrollada, en la que se da una mayor atención a la política internacional. De hecho, el conocimiento de De la Torre sobre la problemática histórica expuesta por Jover en su “Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII” (Introducción a *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*) le permite afirmar la gran profundidad y originalidad -rasgos comunes y constantes de las obras joverianas- de este trabajo. Destacándose en esta y otras obras, el extraordinario rigor con el que estudiaba e interpretaba los textos primarios históricos, demostrando además una profundísima erudición.

Por su parte, Antonio Morales Moya, que tuvo una acercamiento personal importante por la entrevista que le hizo en 1996, analiza la moral en la obra historiográfica de Jover y, más concretamente, se centra en la cuestión, desde un punto de vista moral, de cómo debía ser el liberalismo de nuestro tiempo. A lo que el gran maestro respondía en

su trayectoria profesional y vital con tres grandes principios: el respeto intenso y generalizado por la dignidad humana, la lucha constante por la democracia, y el restablecimiento de la *civilización* como valor social distinto y complementario de la *cultura*. Un concepto -el de *civilización*-, que Jover se encarga con sus obras de poner al día, con el inmenso legado de la consideración de que tan sólo con el desarrollo científico y técnico no se va inexorablemente hacia la mejora de la condición humana, sino que debe ir acompañado con una concepción humanística y una apropiación irrenunciable del concepto de *civilización*.

Por su parte, Francisco Javier Guillamón lleva a cabo en su estudio un amplio recorrido sobre la presencia de la Cartagena natal de Jover en su obra, comenzando con la propia conciencia que tenía de su condición de murciano y cartagenero, además de español, claro. De hecho comienza el artículo sobre la preocupación de Jover sobre, en frase precisamente suya, nuestra “nación de naciones”; hablando de la existencia de naciones culturales pero no necesariamente políticas, para continuar a renglón seguido con el lugar que ocupa la región murciana dentro de la pluralidad de las nacionalidades dentro de España que refleja, de hecho, el estado de las autonomías. En este tema, en lo relativo a Murcia, la conclusión de Jover es clara: el murciano se siente unido a su tierra murciana nata, pero también a España, su “patria mayor”.

Asimismo, el protagonismo de Cartagena (especialmente en lo que se refiere a su papel histórico en la idea del federalismo) en la obra de Jover también está presente en el artículo de Guillamón, así como sus otros textos relacionados con la Historia de Murcia, incluyendo una clasificación, realizada por el propio Jover, de sus obras sobre esta temática.

Es evidente que todo este elenco de participaciones confieren al volumen que nos ocupa una riqueza extraordinaria, por cuanto se van desvelando a través de sus páginas las múltiples y fundamentales aristas de un historiador con tanta trascendencia en el siglo XX español. El libro nos muestra al Jover auténtico y poliédrico, con un acervo de opiniones fundamentadas que nos dibujan en su verdadera magnitud a un personaje singular en la historia de la historiografía española. Así, el Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja de la Universidad Carlos III de Madrid, a través sobre todo del papel activo de la profesora Rosario Ruiz Franco, no hace más que, con el apoyo de esta obra, cumplir con uno de sus fines principales: el estudio de las diversas formas de hacer historia que más han contribuido a la creación de nuestro presente historiográfico. Y, además, desde una perspectiva que hubiera ensalzado, con toda seguridad, el propio Jover, como es la de tener en el horizonte la creación de una determinada conciencia histórica global y sintética, surgida de las diferentes conciencias históricas que se han ido generando a través de toda la historia de la historiografía; en la que sin duda, el entrañable profesor Jover figura con un nombre entrañable y decididamente imborrable.

David GARCÍA HERNÁN
Universidad Carlos III de Madrid